

LA CIUDADELA DE PAMPLONA Y EL MOTÍN DE 1841

Jesús M^a MACAYA FLORISTÁN
jesusmarimacaya@gmail.com

En 1841, Baldomero Espartero ocupaba la Regencia del Reino, ante el exilio en París de la ex-regente María Cristina, madre de Isabel II. Durante todo ese año, hubo movimientos contrarios, por parte del ejército y de ciertos ambientes políticos, a esa regencia y en favor de María Cristina, culminando en octubre con varios motines en diferentes ciudades, siendo clave el acaecido en Pamplona por el teniente general Leopoldo O'Donnell.

PROLEGÓMENOS DEL MOTÍN

El 28 de septiembre -según noticias que llegaban a todo el país- se preparaba una sublevación en Pamplona dirigida por O'Donnell. Un día antes, varios militares denunciaron ante el jefe político, Fernando Madoz, y ante el juez, la sublevación, sospechando como responsables a O'Donnell y al capitán, Anselmo Ibáñez, que huyó. Fernando Madoz, dada la situación, el 1 de octubre llamó al alcalde de Pamplona, Facundo Jarauta, y cuando marchaba a su residencia fue apresado y conducido a la Ciudadela (liberado el día 3). Los sediciosos llamaron a la puerta de la casa del jefe político, pero huyó por otra puerta. En esa tarde, O'Donnell acompañó a su esposa hasta Villaba (marchaba a Francia), se presentó a continuación en la Ciudadela, dejándole pasar el capellán y el oficial de guardia, saliendo a las doce de la noche con el fin de traer varios batallones.

El día 2, a las dos de la madrugada, O'Donnell con 8 oficiales se presentó nuevamente en la Ciudadela, apoderándose de ella definitivamente. Detuvieron al oficial de guardia, encerrándolo en el calabozo. A continuación se les unieron el auditor de guerra, Sr. Morales, nombrándole coronel; el jefe militar y antiguo carlista, natural de Los Arcos, Francisco Ortigosa Chávarri; el ayudante del capitán general y Virrey de Navarra Felipe Rivero, Rafael Izquierdo; los pamploneses Nazario Carriquiri y el rico comerciante Benito Ribed, ambos dieron a cada soldado un duro, y a los oficiales una paga y un grado. Varios sargentos huyeron de la Ciudadela. Según versión de la prensa de Bayona, O'Donnell se presentó en el cuartel de la Merced (situado en lo que hoy es Retiro sacerdotal), donde radicaba parte del batallón de Extremadura, entrando con él en la Ciudadela.

INICIO DE LAS HOSTILIDADES

Ocupada la Ciudadela, O'Donnell se nombró, a sí mismo, capitán general de las Vascongadas y Navarra, considerando a María Cristina como Regente. Dirigió una alocución a vascongados y navarros en la que les decía disponer del mando del ejército hasta la llegada de María Cristina, y los que no lo acepten, serán unos traidores. También se dirigió a sus tropas con otra alocución, prometiendo la venida de María Cristina, no dudando de su fidelidad y que rechazan al usurpador Espartero.

Pamplona -decía el diario *El Corresponsal*- "presenta un aspecto imponente", en la Taconera están las "abanzadas" delante de la Ciudadela, y por la puerta del Socorro entra todo cuanto necesitan. El correo de Madrid lo confiscaron. "Son las doce y media y siguen todos sobre las armas". Entre tanto, diferentes guarniciones procedentes de pueblos navarros, llegaron a Pamplona, unas para unirse a Rivero y otras a O'Donnell. Un batallón de infantería, mandado por el comandante sedicioso Pablo Vega, salió de Estella hacia Zizur Mayor, y en



Leopoldo O'Donnell, grabado del siglo XIX.



Puerta de socorro de la Ciudadela de Pamplona.

guiendo el primero apoderarse de los víveres del segundo. Consecuencia: O'Donnell bombardeó Pamplona y amenazó a Felipe Rivero con volver a repetirlo si se impedía la entrada de víveres en la Ciudadela.

INTERVENCIÓN DE OTRAS FUERZAS ARMADAS

El día 3 llegó a Zaragoza desde Tudela, el médico de los baños

Morentin se le unieron las tropas de Francisco Ortigosa; entrando todos en la Ciudadela por la puerta del Socorro.

El día 3 el ejército y la Guardia Nacional ocupaban el teatro (ubicado en la actual plaza del Castillo), la Misericordia, y el Parador de carros (situados en lo fue el Banco de España y alrededores), no pudiendo impedir la entrada de los aldeanos a la Ciudadela para vender comestibles, que se pagaban a buen precio.

A la Diputación se le insistió en publicar disposiciones apoyando a Espartero y enviar alguna alocución a los navarros, pero los diputados Lorenzo Mutiloa y José Antonio Elorz contestaron que no podían hacer nada por no reunir la Diputación los miembros necesarios. A insistencia del Ayuntamiento, dispusieron una circular avisando que serían abonadas a los pueblos "las raciones que suministrarán a las tropas leales, y no las que dieran a las de la ciudadela".

El Ayuntamiento de Pamplona dirigió un comunicado al de Madrid dando cuenta del asalto a la Ciudadela. Aseguraba que la mayoría de las tropas de Navarra defienden la causa legal y el Ayuntamiento trabaja sin descanso para conservar el orden, pero como el correo está interceptado, se desconoce la situación en el resto del país.

En el mismo día el padre de Carriquiri y el hermano de Ribed se ofrecieron a intermediar con los sublevados, previamente se les amenazó con hacerles responsables del motín, contestando Ribed que ofrecía su cabeza si se demostraba que había colaborado. El capitán Urbano Igarreta Belzunegui, "Mochuelo", antiguo guerrillero, y Francisco Ortigosa se enfrentaron en los "Zizures" el día 4, consi-

de Fitero, quien comunicó al capitán general de Aragón, Joaquín Ayerbe, la situación de Pamplona. Este, reunió a los jefes militares, avisándoles que al día siguiente saldría para Pamplona a combatir a los sublevados. El brigadier Simón de la Torre (antiguo carlista), jefe del regimiento de la Guardia Real en Zaragoza, y el general de origen italiano, Carlos Borso di Carminati, se unieron a los sublevados, siendo este último sentenciado a muerte. En Vitoria, el mariscal de campo y comandante general de la ciudad, Gregorio Piquero, se sublevó, proclamando los fueros de las provincias vascongadas. Fue, tras el motín de Pamplona, la sublevación más importante, y algo menos la de Bilbao.

El día 4, Francisco Ortigosa, con 400 combatientes, marchó a Zizur Mayor y al acercarse las tropas gubernamentales se inició el fuego, encerrándose aquellos en las casas "que tenían ya aspilleradas". La compañía de granaderos sufrió unos 30 hombres heridos, "cubriéndose de gloria igual los tres nacionales de Pamplona, que á la cabeza de la columna se batieron con un valor admirable" Visto lo sucedido, las familias exigieron dejarles salir a lugares próximos para refugiarse. Desde la Ciudadela se atacó Pamplona destruyendo varias casas y sembrando el terror, las familias exigieron salir de la ciudad hacia las aldeas vecinas. La noche fue más alarmante, pues se temió la invasión de la ciudad, pero "la tropa, Milicia Nacional y autoridades daban el ejemplo de valor, serenidad y vigilancia, las inermes familias, el bello sexo, y la ancianidad deseaban evitar el peligro que el espanto les hacía creer próximo" (*El Corresponsal*).

Era tal la situación de Pamplona, que el día 6 el Ayuntamiento permitió salir de la ciudad a los que quisieran, excepto los cabezas de familia. Multitud de personas se agolparon en las dos puertas abier-



La torre de San Lorenzo dañada por la sublevación de O'Donnell, original de Miguel San y Benito (AMP).

tas, la de la Rochapea y la de Tejería. Los que se quedaban paseaban tranquilamente por la Taconera "sin pasar á gozar de su amenidad, por estar privado por los centinelas, y contemplábamos aquel sitio de recreo convertido en un campo de sangre y de horror". La huida de las familias continuó al día siguiente y en la mañana del día 8. También era crítica la situación en la Ciudadela, el día 6 no tenía agua y se amenazaba con destruir la ciudad si no se permitía su abastecimiento

Fernando Madoz dirigió una alocución a sus conciudadanos: Si vencen los enemigos sufrireis vejaciones, pagar diezmos y unos fueros que servirán solo para engrandecer a las familias poderosas. Os pido orden y tranquilidad. El día 7, O'Donnell pidió al Ayuntamiento 3.500 raciones y alojamiento para el 2º regimiento de la Guardia Real que esperaba de Aragón. Ante este posible refuerzo, las autoridades dudaron si era posible defender la ciudad, pero el anuncio de la inminente llegada de Ayerbe con sus tropas, les hizo esperar.

La negativa del Ayuntamiento exasperó a O'Donnell, amenazó a Rivero con más represalias si antes de doce horas no se reconocía el gobierno provisional de María Cristina. Volvieron a reunirse las autoridades para decidir si o no a la defensa de la ciudad, pero el coronel del regimiento de Zaragoza, natural de Echarrí Aranaz, Francisco Vicente Irañeta, dijo que sí, a lo que se unieron el resto de participantes. A las siete de la mañana del día siguiente volvió a insistir O'Donnell en su petición, y si era negativa, que se evacúe la ciudad en dos horas. A las ocho y media lanzaron fuego sobre Pamplona, destruyendo muchas casas. Sesenta milicianos subieron a la torre de San Lorenzo contes-

tando con más fuego, terminando por quedar destruida la torre.

Después de este bombardeo, *El Corresponsal* realizó una descripción de cómo quedó Pamplona: No es posible describir en un diario el horror producido por el estampido de cañones y bombas, ni el heroico comportamiento de los defensores de la torre de San Lorenzo, ni las ruinas de casas y edificios. El centro de la ciudad, las plazas de Constitución (actual plaza del Castillo), de la Fruta (actual plaza Consistorial) han sido el blanco de los sublevados. Las pérdidas son cuantiosas.

El día 10 ha sido horroroso; las familias se refugiaban en sótanos y bodegas. Fue espantosa toda la mañana, cesando el fuego a las seis de la tarde, pero a la noche volvió el tiroteo. La tropa y la Milicia Nacional han logrado disminuir las calamidades producidas por O'Donnell. En los ratos que reinó la calma, los ciudadanos salían de sus casas para comprobar los destrozos y verse con amistades y parientes. El Regente de la Audiencia territorial de Pamplona, Fulgencio Barrera, remitió un parte a la Secretaría de Estado de Gracia y Justicia en el que se comunicaba que el fuego de mañana y tarde causaron daños incalculables en los edificios; pero no disminuye el espíritu de ningún ciudadano, aún más, se vigoriza e indigna.

El mismo día 10, Urbano Igarreta (guerrillero anticarlista), natural de Zenborain, se enfrentó a los rebeldes en "los Cizures"; y los hombres de Felipe Rivero ocuparon Cordovilla y Zizur Mayor, impidiendo que las tropas de Francisco Ortigosa se comunicaran con O'Donnell. Aquel recorrió varios pueblos "para sacar los mozos, quienes se fugan á su aproximación". Por fin, el día 12, desde Zaragoza, llegaron a Pamplona las tropas del teniente general y antiguo ministro, Pedro Chacón y Chacón, y las de Joaquín Ayerbe se estacionaron en Noain.

O'Donnell no se amedrentaba, se dirigió a Estella conminando al comandante militar de la plaza a rendirse antes de las diez de la mañana, en caso contrario ocuparían la ciudad; pero decidió marchar al valle de Echauri sin que nadie le incomodara, permaneciendo los días 15 y 16. Y desde allí llegaban a la Ciudadela víveres y más combatientes, sumando a los 400 hombres del regimiento de Extremadura y 200 del país, "facciosos que se le han agregado, llevando su divisa que es la boina". Francisco Ortigosa decidió seguir los pasos de su jefe, el día 14 atacó Puente la Reina, logrando la capitulación de sus defensores, consiguiendo enrolar a sus filas unos 600 mozos; a continuación fue a unirse con O'Donnell en Echauri.

El día 16 sucedió un caso muy curioso, se autorizó al arcadiano de Val De Aibar, Alejandro García, utilizar armamento para combatir a los rebeldes y se pidió a la Diputación obligar a los ayuntamientos a darle raciones de pan, carne y vino, dos reales de vellón para los soldados, tres para los cabos y cuatro para los sargentos, a lo cual se negó. El día 19 Puente la

La Ciudadela de Pamplona y el motín de 1841

Reina y Estella fueron nuevamente objeto de los ataques de O'Donnell, teniendo que refugiarse sus defensores, en el primer caso, en Tafalla. En ambas excursiones bélicas consiguió enrolar 200 mozos. Les ofrecía tres reales y pan si se unían a su causa, y el Ayuntamiento de Pamplona ofreció el doble a los que se adhieran a la suya. A partir de esa fecha se gozó de calma. Se pactó la suspensión de las hostilidades hasta el día 24, para que los labradores de Pamplona y alrededores pudieran vendimiar.

Llegaban noticias de las correrías que realizó O'Donnell días anteriores recorriendo los pueblos de Berbinzana, Miranda, Falces, y Oteiza para enrolar mozos carlistas, pero la mayoría se negaron, a pesar de las amenazas; en Peralta ordenó que en dos horas se presentaran los que habían servido a D. Carlos, pero no se presentó ninguno. Tampoco logró adictos en Mañeru y Aoiz, y sí en Puente la Reina, unos 150 hombres. Por la tarde del día 19 hubo conversaciones entre el gobernador interino, el brigadier Francisco Vicente Irañeta, y el gobernador de la Ciudadela, general Manuel Azcárraga. Aquel le intimó a que se rindiera y en caso contrario se impondría el bloqueo. Azcárraga contestó que no le importaba, disponía de víveres para más de dos meses y, además, esperaba la llegada de los generales Concha y León con suficientes tropas, y Narváez se estaba haciendo dueño de Andalucía. Irañeta le contestó que el general León iba a ser fusilado, y Espartero estaba al llegar; si disparaba un solo tiro sobre la ciudad, serían pasados a cuchillo los del castillo

FINAL DE LA CONTIENDA

El día 21, O'Donnell, al disponer noticias del fracaso de la sublevación en Vitoria con la entrada del capitán general José Ramón Rodil y Campillo, dio la orden a sus tropas para evacuar la Ciudadela. Escribió a su esposa (residía en Bayona), que todo estaba perdido. Él mismo, su ayudante de campo, el teniente coronel Izquierdo, Benito Ribed, Francisco Ortigosa y el auditor de guerra de Pamplona, marcharon al Baztán cruzando la frontera por Urdax. 500 rebeldes se dirigieron a ese valle, dispersándose, abandonados por sus jefes. Ayerbe siguió tras ellos, quienes le informaron que O'Donnell había pasado la frontera, y nada más

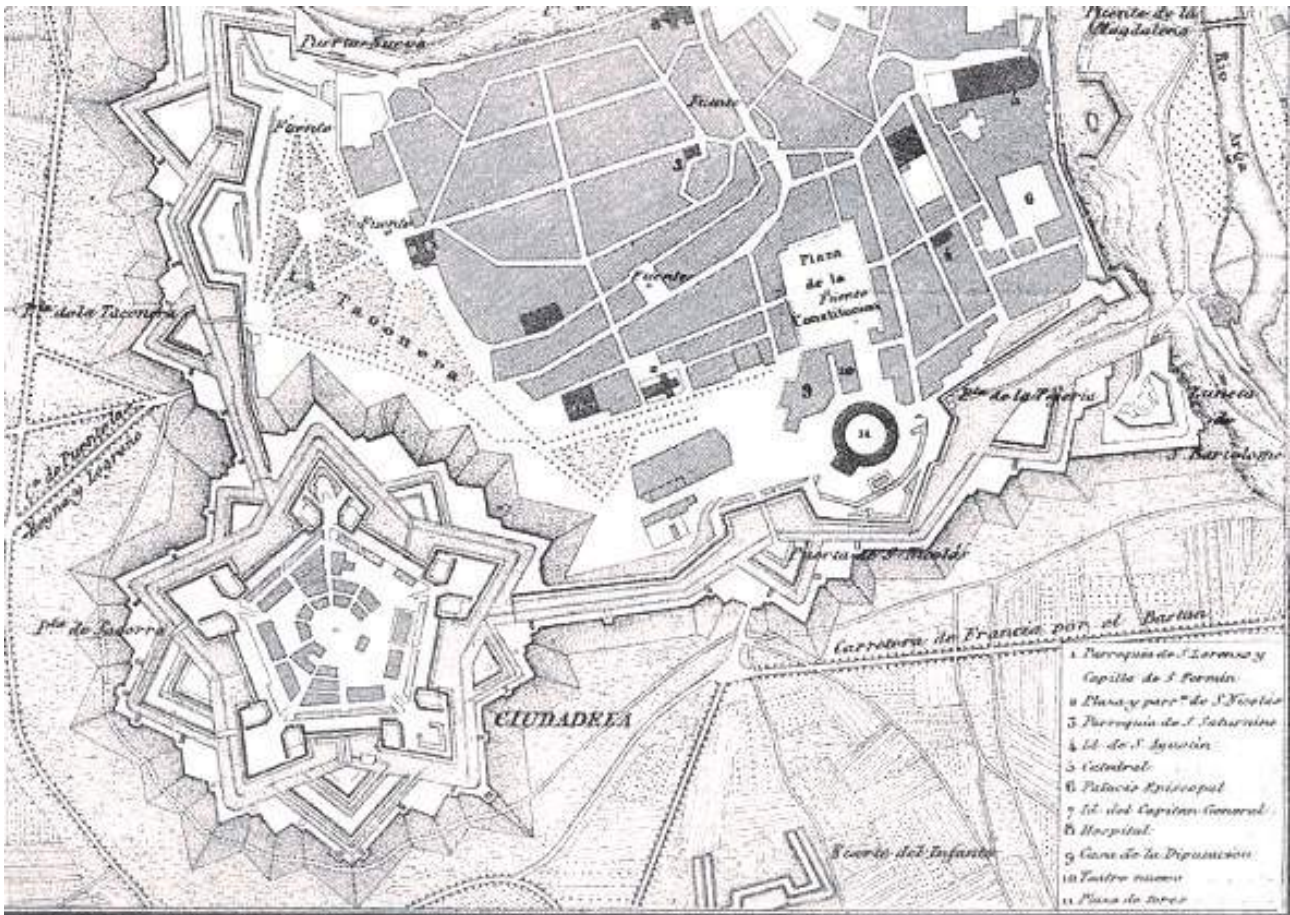
cruzarla, según rumores, pidió 2.000 raciones en los pueblos que atravesaba, pagando lo que le pidieran. Terminó yendo a Bayona

Ante estas noticias, el júbilo de la población de Pamplona fue tremendo, se oyeron vivas y aclamaciones a Isabel II, a Espartero y a Luis Sagasti, comandante de la Milicia Nacional en Pamplona. A este, un grupo de oficiales lo llevaron a hombros por algunas calles de la ciudad precedidos por la música. Al día siguiente (22), el capitán general Juan Van Halen desde Zaragoza se dirigió a Tudela, y desde Vitoria a Pamplona, Juan Ramón Rodil. Varios oficiales de caballería rebeldes regresaron a la Ciudadela, después de haber acompañado a Manuel Azcárraga y a Benito Rived hasta la frontera, quienes, al cruzarla se olvidaron de ellos, teniendo que regresar para contarlos a los que quedaban en la Ciudadela. Estos, salieron para comprobar que varios jefes pasaron a Francia por Alduides, y al regreso hubo "vivas y mueras" a la Constitución, a Isabel II, a María Cristina, a Espartero y a D. Carlos. Nadie se entendía, era un completo caos. Contestaron que antes morir que entregar la Ciudadela. A las cinco de la tarde volvió la cordura, se realizó otro parlamento, que no fue escuchado hasta recibir consignas de O'Donnell. Ese mismo día se detuvo al vicario de Barañain, Fidalgo, por colaborar con los rebeldes.

El día 24 hubo nuevas conversaciones en la Ciudadela, prometiendo los rebeldes rendirse a las siete de la tarde, negándose una hora después. Al día siguiente a las nueve de la mañana sí las hubo. Se rindieron los 350 rebeldes, entraron las tropas leales debiendo salir aquellos sin armas; pero salieron con ellas y se fugaron, quedando detenidos los que estaban de guardia. El teniente mayor de la Ciudadela y el teniente vicario, fueron conducidos a Tafalla. La rendición se anunció con 24 cañonazos y el repique de campanas. Desde Bayona se informaba que la ciudad estaba plagada de refugiados seguidores de O'Donnell, así como este, su hermano y



Miguel Sanz y Benito. Pronunciamiento de O'Donnell en Pamplona en 1841. Ayuntamiento de Pamplona.



Antiguo plano de Pamplona con la Ciudadela.


varios generales. A los oficiales los enviaban a Reole, lugar próximo a Burdeos; a los generales a Pau; y a la tropa a Mont de Marsan. O'Donnell marchó a París.

El día 25, el Ministerio de guerra dio un parte anunciando que la campaña de Navarra había concluido:

Excmo. Sr. Ahora que son las nueve de la mañan acaban de ocupar la ciudadela de esta plaza las tropas de esta guarnición y en unión con la benemérita Milicia nacional, habiéndose rendido los disidentes que habia en ella á discreción con arreglo al bando del 18 de este mes, sin otra garantía que sus vidas, después de varias contestaciones habidas en repetidos parlamentos, de cuyos pormenores tendré el honor de enterar á V. E. detalladamente cuando me lo permitan las muchas contestaciones del momento.

Los rendidos, después de haber dejado sus almas en la misma fortaleza, marchan á Tafalla acompañados de un batallón de África y dos mitades del regimiento caballería del Príncipe, en donde deben esperar la resolución del Gobierno. Me apresuro á poner en su conocimiento tan fausto acontecimiento, que pone término á la rebelión de este país, y vuelve á esta capital el sosiego y seguridad que hace hoy 24 dias no disfrutaba.

Lo que de orden de S. A. transcribo á V. E. para su conocimiento y efectos que son consiguientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel del Regente en Vitoria á 25 de octubre á las doce de la noche de 1841.—Evaristo San Miguel.— Sr. Secretario del Despacho de Marina.

El día 27, el marqués de Rodil ordenó que aquellos que posean armas en Navarra y Vascongadas las entreguen en el término de 15 días. El 7 de noviembre obligó a los vecinos destruir en quince días las fortificaciones de Navarra, excepto la Ciudadela de Pamplona (gracias a esta decisión se mantiene hoy en pie) y el edificio contiguo de capuchinos 

P/D: Esta narración y otras existentes sobre la Ciudadela, debe conducir a las autoridades autonómicas y de Pamplona a realizar su promoción turística, explicando los acontecimientos desarrollados en ella y la trascendencia que tuvo, así como una explicación detallada de todos los lugares en los que se desarrollaron los hechos históricos. En cualquier ciudad europea sería motivo de una fuerte atracción turística. Visitando algunas de ellas, podemos comprobar como edificaciones de menor importancia son motivo de gran publicidad turística.